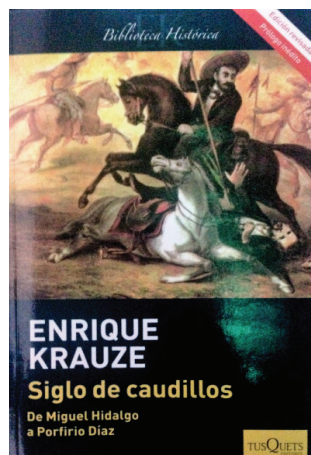


Enrique Krauze. **Siglo de Caudillos. De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz.** 1ª reimpresión. México, Tusquets Editores, 2015 (Biblioteca Histórica Enrique Krauze).

Francisco Soto Oráa.  
Licenciado en Historia y Magister en Historia de Venezuela por la Universidad de Los Andes, Venezuela; Profesor del área de Historia de Venezuela en la misma Universidad.



El personalismo político y la consolidación del hombre fuerte en el poder es uno de los fenómenos extendidos en la historia de Latinoamérica, desde el proceso de ruptura con España y que se mantendrá a lo largo del siglo XIX, generando prolongados períodos de violencia armada, inestabilidad, poco desarrollo institucional, atraso social, educativo y asistencial. La historia política de México no escapa a esta realidad conflictiva, en la cual el caudillo fundamenta su manejo del poder en la capacidad militar, mientras que los distintos sectores sociales pugnan por mayor participación, obtención de prebendas y el control político. Sacerdotes, criollos, indígenas, liberales-militares disputarían el poder y serían los principales protagonistas del acontecer político mexicano en la centuria decimonónica. Enrique Krauze<sup>1</sup> en

\* Es ingeniero, historiador y escritor mexicano. Miembro de la Academia Mexicana de la Historia y de El Colegio Nacional; además, director de la Editorial Clío y de la revista cultural *Letras Libres*. Ha escrito más de veinte libros, entre los que destacan: *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución mexicana (1910-1940)*; *La presidencia imperial*; *La Historia cuenta. Antología*; *Retratos personales*; *Mexicanos eminentes*; *La presencia del pasado* y *Redentores*, entre otros. Ha producido más de 300 programas y documentales sobre la historia de México.

*Siglo de Caudillos. De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz* analiza con profunda indagación en las fuentes y de manera sistemática, precisa y acuciosa, el manejo del poder y la política mexicana desde la comprensión de las personalidades que llegaron a ocupar la máxima magistratura en los distintos períodos del siglo XIX.

El balance historiográfico y la visión de la historia oficial son resaltados con las celebraciones del centenario de la Independencia, en la que existe toda una reafirmación y justificación del *porfirismo*, donde el discurso oficial se fundamenta en el pensamiento positivista y plantea una historia maniquea de héroes y antihéroes, prevaleciendo una negación del pasado, figuras clave de la política y el poder en México son señalados y excluidos, creando así una historia que desde el poder persigue la legitimación del gobierno de Porfirio Díaz, que para ese momento alcanzaba los treinta y cuatro años en la Presidencia de México. Se destacan las visiones contradictorias esbozadas en la historiografía liberal y conservadora en la que los planteamientos de carácter teórico, ideológico y religioso presentan una historia de omisiones, exaltaciones, negaciones y justificaciones, pretendiéndose la defensa o el rechazo a los principales involucrados en la constitución y desarrollo de México como Estado.

La ruptura del nexo español y los inicios del proceso independentista en México tendrán como principales dirigentes a los miembros de la Iglesia Católica. Formados en el pensamiento del siglo XVIII, Miguel Hidalgo y José María Morelos, encabezarían la rebelión naciente de la emancipación, con características y objetivos diversos en la conducción, evidenciaron los grandes problemas sociales de México, los cuales aflorarían con fuertes acciones militares, que desde el 15 de septiembre de 1810 se extenderían por casi todo el territorio. El movimiento comandado por Hidalgo denotó más allá de los propósitos bélicos y políticos el recrudecimiento de la violencia de las tropas, compuesta en su mayoría por indígenas, que pese a la cantidad no pudo concretar victorias claves y en desbandada se dispersaron tras reveses militares que condujeron a su captura y ejecución. Morelos por su parte, tenía una propuesta de férrea organización militar y de gobierno, en la que se exponían argumentaciones sobre la independencia y la necesidad moral que esta lucha tenía, sobre la que se invocarían

los preceptos religiosos como factores de legitimación. A pesar de haberse constituido un Congreso, la gobernabilidad era conflictiva, fueron constantes los impasses con Morelos, siendo elementos que marcaron el declive de la lucha y tras derrotas militares se logró la captura y ejecución de este sacerdote insurgente. No obstante, aun siendo vencidos y fusilados, estos religiosos son los héroes principales de la historia oficial, ya que en la visión justificadora, iniciaron un movimiento que conduciría a la Independencia, y más allá de las contradicciones, excesos y objetivos fallidos se convirtieron en las figuras más sobresalientes del altar patriótico mexicano.

La concreción del proyecto emancipador en México tiene diversas particularidades, entre las que destacan su planeación y ejecución por parte de la oficialidad realista que se transforman en reaccionarios independentistas. Agustín de Iturbide junto a otros jefes militares encabezarían un movimiento que condujo a la separación definitiva con España y la formación de una ilusión: un Imperio. Los objetivos plasmados en el Plan de Iguala pretendían la unión social, la religión católica preponderante y la Independencia, proponiéndose una Monarquía Constitucional con Fernando VII como soberano o un Emperador designado, mecanismo clave en el pacto social para la emancipación, expuesto en los Tratados de Córdoba. Ante la negativa de España a esta propuesta, un reticente y dubitativo Iturbide se convertía en 1822 en Emperador. La compleja situación política y económica conllevaría luchas caudillistas, pugnas con el Congreso y problemas hacendísticos que provocaron su abdicación y posterior fusilamiento, así como la asunción de Antonio López de Santa Anna como el hombre del poder en las décadas siguientes.

Santa Anna encarnaría la personificación del poder en el México independiente, pero sería la reafirmación del poder criollo consolidado y en búsqueda de mantener todos los privilegios que gozaban desde la Colonia, aunado a la entronización del manejo de la política por el caudillo nacional. Destacan en la vida de Santa Anna cómo se involucró de forma relevante en campañas militares, golpes de Estado, Presidencias y retiros del poder con los cuales se forjó una idea de exaltación y pomposidad que clamaban constantemente por

su retoma del poder. En sus gobiernos se paralizaron las reformas clericales, impulsó el poder centralista e intentó apaciguar las ambiciones de los caudillos locales. Contrariamente a las celebradas victorias, sus estrepitosas derrotas lo convertirían en el antihéroe de la historia oficial mexicana, el fracaso en la pacificación de Texas y la posterior independencia, marcarían el rechazo hacia el liderazgo en la conducción de la Nación, reivindicándose con la participación contra la invasión francesa en 1838, donde a pesar de haber perdido una pierna recobraría el prestigio militar y su poder preponderante como dirigente del país. Sin embargo, su autoridad y poderío se vendrían abajo nuevamente con la derrota en la guerra contra los Estados Unidos, que llevó a México a perder grandes extensiones del territorio, resaltando factores clave que condujeron a esta capitulación: la desunión, conflictos internos, incapacidad militar, escasos auxilios y una resignación anticipada para ofrecer resistencia en la invasión, llevando al descalabro que sepultó el predominio de Santa Anna y su ocaso político. Pero más allá de los aciertos, derrotas y la construcción de una exacerbada visión pomposa del poder, Santa Anna representa la expresión colectiva del caudillismo, la búsqueda del orden y la estabilidad en la figura de un jefe militar que regentara el poder en México, lo que llevó a luchas caudillistas, autoritarismo, crisis económica, deficiente ocupación del espacio, pérdida de territorio, conflictos internos, finanzas desorganizadas y atraso social.

Conservadurismo y Liberalismo pugnarían como elementos de lucha y de planteamientos de organización del Estado durante este período de crisis. José María Luis Mora y Lucas Alamán, serían quienes combatirían en el plano de las ideas las formulaciones para lograr el progreso y superar los complejos problemas de la sociedad mexicana. Alamán propondría el mantener algunos preceptos del Antiguo Régimen, la defensa de la religión, formación de una industria e imitación de Europa como modelo. Por su parte, Mora criticaría al hombre fuerte en el poder, buscaría la modernidad en los postulados del liberalismo y plantearía transformaciones en aspectos sensibles como el poder de la Iglesia en México. Debates que serían el preludio de los grandes conflictos que se suscitarían en la Guerra de las Reformas.

El estrepitoso fracaso del Estado dominado por el poder criollo marcaría la asunción de nuevos sectores sociales y políticos en México a mediados del siglo XIX. Una nueva generación de liberales formados en Institutos de conocimiento, pertenecientes a las clases emergentes, prevalentemente mestizos e indígenas y con un nivel combativo mucho mayor, en pro de los preceptos liberales, rechazarían la tradición, la religión y propondrían luchas importantes ante las fuerzas conservadoras que buscaban mantener su estructura de poder y privilegios. Hombres como Melchor Ocampo y Benito Juárez representarían esta nueva visión del debate político, ocuparían cargos principales en el gobierno local, regional y legislativo, lo cual les daría trascendencia nacional y desde el exilio pretenderían crear un conjunto de cambios en la composición del poder político, económico y social de México.

La Guerra de las Reformas se fraguó como un conflicto entre dos facciones, una de ellas los factores conservadores, integrados por las clases acaudaladas, terratenientes y sobre todo una institución de poder primordial en México: la Iglesia, que se negaba a la pérdida de sus privilegios, de los cuales había gozado desde la Colonia. El otro bando constituido por abogados, comerciantes, caudillos locales, hacendados menores, burócratas, mineros, entre otros; quienes pugnaban por la necesidad de encaminarse hacia un Estado laico, liberal y constitucional, donde imperara el poder Legislativo sobre el Ejecutivo, elección de los magistrados, libertad de cultos, asociación y enseñanza, eliminación de fueros. Propuestas que se enfrentaron a elementos conservadores y a la ortodoxia religiosa que intransigentemente combatió los cambios. La promulgación de un conjunto de leyes como la desamortización de bienes del Clero, extinción de las corporaciones religiosas, matrimonio y registro civil, eliminación de días festivos de carácter religioso y libertad de cultos, significó el rompimiento de acciones bélicas que agobiaron a la sociedad mexicana y exprimieron las rentas del Estado, comprometiendo a ambos bandos y llevando a intentos, por el lado liberal, de concertaciones onerosas para la Nación, como el Tratado MacLane-Ocampo que cedía y daba exclusividad de ejercicio a los Estados Unidos sobre territorios en México, el cual fue rechazado por el Senado norteamericano. Sin embargo, los conservadores no

podieron capitalizar las debilidades de las fuerzas liberales y fueron derrotados militarmente en 1861, con lo cual se inició un período de retaliación hacia los vencidos y la entronización y sacralidad del poder personificado en Benito Juárez.

Devastación, crisis interna y la moratoria de pagos de la deuda externa decretada por el gobierno de Juárez avivaron los sueños imperiales europeos de tener posesiones en América. Maximiliano de Habsburgo apoyado por Francia buscó posesionarse de México, en 1864 renunció a sus derechos de sucesión en Europa y con la ayuda de los conservadores derrotados se proclamó Emperador de México, mientras Juárez desconocía este nombramiento y desde el norte organizaba la resistencia ante una nueva invasión. A pesar de la promulgación de unas medidas de carácter liberal, Maximiliano fue incapaz de someter las fuerzas juaristas, representando altos costos para Francia, que ante esa situación retiró sus tropas, y con la posibilidad para Juárez de recibir apoyo de los Estados Unidos tras concluir la Guerra Civil, se selló el destino final de las ambiciones imperiales sobre México. Aun cuando Carlota, esposa del Emperador, buscó ayudas desesperadas en las cortes europeas, ninguna de ellas la suministró, limitando las posibilidades de sostenimiento de Maximiliano en México, quien fue apresado y fusilado en 1867. Ese mismo año Benito Juárez entró a la ciudad de México como el gran líder político y conductor de la Nación, con poderes extraordinarios y que en algunos casos estaban por encima de la Constitución, aferrándose a la Presidencia hasta su muerte en 1872, legando orden, identidad, sentido nacionalista a la magistratura de la Presidencia, así como un sistema de libertades.

La entronización de Porfirio Díaz representó la asunción del hombre fuerte en el poder mexicano por más de tres décadas. Impulsaría reformas para la modernización de la economía, en procura de un ideal de progreso material y social. Sus estrategias para sostenerse en el mando nacional se fundamentaron en la pacificación del país, control de los poderes públicos, repartos de cuotas de poder, reeleccionismo, fuerte peso del militarismo y la consolidación del centralismo como forma de gobierno. Logró en su larga estancia en

la Presidencia una bonanza económica, integración de los mercados internos con el exterior, repunte agrícola, ganadero y minero, superávit, pago de la deuda y llegada del capital extranjero. Con la celebración del centenario de la Independencia en 1910, se reforzó la visión de la historia oficial como legitimadora de su gobierno, pero pocos meses después la búsqueda de participación política, libertades y democracia marcaron el surgimiento de Francisco I. Madero y el inicio de la Revolución Mexicana.

Sin duda que este trabajo del doctor Krauze, representa un aporte y una guía para acercarnos a la historia mexicana del siglo XIX, la cual posee rasgos comunes con la realidad latinoamericana de ese período, además esta obra nos muestra alternativas para la investigación fundamentada en la comprensión de los procesos históricos basados en las biografías del poder.

Quisiera agradecer por este medio al doctor Enrique Krauze, quien de manera amable y desprendidamente me envió este importante libro desde México hasta Mérida, Venezuela, en medio de las dificultades actuales que tenemos los investigadores venezolanos para acceder a las publicaciones que se realizan en otros países.